

RECUPERAR LA MAR

(Extracto Supl. RGM OCT 2001, autor D. José-Ventura OLAGUÍBEL DEL OLMO)

Dice este autor: -Tengo para mí que la sociedad española vive de espaldas a *la mar*. No al mar, sino a la mar. Distingamos entre el artículo femenino y masculino, pues esta insignificante diferencia, determina las palabras que siguen. Todos sabemos que mar es mar para un profano en el mareaje, y conviene recalcar que los españoles de hoy no le dan la espalda al mar, todo lo contrario. Nunca en la historia de España como en la actualidad las personas nos encontramos cotidianamente con mayores referencias icónicas al mar: se asoma en muchos escaparates y vallas publicitarias, se nos cuele en el hogar por el televisor, aparece mil veces retratado en folletos de agencias de viajes, y por ahí todo seguido hasta la saciedad.

Nos tememos que toda esta imaginaria -que encuentra su sentido y, a veces, hasta sacrificada conclusión en la segunda residencia: un apartamento con vistas al mar- nos aboca hacia un único sentido de los océanos: el mar como lugar de recreo y de descanso, como elemento indispensable para serenar nuestras tribulaciones por las tensiones diarias y, en consecuencia, para avivar nuestra sensualidad adormecida por la febril sociedad tecnocrática del siglo XXI. Como ya se habrá adivinado, tal concepción del mar es una reducción del concepto de mar oceánica; se trata de limitarlo a un componente secundario de nuestra existencia de *homo faber*: el ocio.

Pero *la mar* es infinitamente más que eso. Sobre haber sido la principal vía de comunicación, pacífica o belicosa, entre las civilizaciones, *la mar* ha sido y es madre y madrastra de hombres y pueblos. Y a poco que nos detengamos a pensar, para nosotros, europeos del siglo XXI, *la mar* es consustancial a Occidente. *La mar* está presente, mítica y realmente en cada uno de los momentos estelares y decisivos de la fundación de nuestra cultura. Por eso, *la mar* fue el lecho de Occidente y, siglos después, el inmenso pórtico para su expansión y dominio del planeta. Sin el componente marino, Occidente no es concebible, como sí lo son la cultura dórico-india o la china.

De entre todos los pueblos occidentales, a los helenos primero al ibérico después, les ha correspondido el honor de ser los motores de la conciencia y de la Historia, en, por y gracias al conocimiento del arte de la navegación.

¿Cuáles son las causas, según el autor, de que un porcentaje del cuerpo social de España le de la espalda a *la mar*? Podemos señalar dos básicamente: económicas e históricas. Sobre la primera existe la sensación de que *la mar* ha dejado de ser un elemento prioritario en nuestra economía, de que ya no es la vía de transporte y comunicación más significativa de nuestra civilización. El desplazamiento de su prelatara como el medio más habitual en las rutas internacionales de pasajeros la ha postergado de todas las esferas conversacionales de nuestra sociedad y, como no podía ser de otro modo, la consecuencia ha sido «darle la espalda».

A pesar de lo anterior (1) nuestra amplia costa propicia que el 90 por 100 de las importaciones y el 72 por 100 de las exportaciones se efectúen por vía marítima, (2) millones de personas utilizan el transporte marítimo nacional, (3) es importante la flota mercante española y su ingente tonelaje en transporte, (4) destaca la inmensa flota pesquera española, (5) es de reseñar la considerable flota de recreo y (6) sin olvidar los cientos de

miles de españoles que viven directamente de la mar y otros tantos de empleos indirectos, máximos consumidores de pescado. Pues bien: a pesar estos datos, nuestro país da la espalda a *la mar*. Vuelvo a repetir, que no al mar.

En cuanto a las razones históricas por las que creo que la sociedad española da la espalda a *la mar* nuestro controvertido siglo XIX se inició siendo España el más extenso imperio europeo, con fabulosas provincias en América y Oceanía. Mantener dichas posesiones requería una potente armada. Pero en Trafalgar (1805), la garantía de esta cohesión se fue a pique sin una inmediata recuperación, debido a *la francesada*.

Pero aun siendo Trafalgar y su consecuencia una catástrofe nacional, no se convirtió en decisiva para nuestro asunto hasta 1898, cuando, en Cavite y en Santiago de Cuba, España pierde por segunda vez su armada en un mismo siglo. Pero esta vez no sólo se hundió la flota, sino la condición de España como potencia europea. Por todo ello, la conciencia española de *la mar* estaba herida de muerte.

¿Se puede recuperar la conciencia de *la mar*, y para qué? Se puede y se debe. La razón es que *la mar* es el futuro nutricio de la Humanidad, y España tiene demasiados kilómetros de costa para permanecer ajena a esta batalla biológica que determinará, no sabemos aún en qué medida, la historia del género humano.

¿Por dónde comenzar a recuperar la conciencia de *la mar* en la sociedad española actual? Revisando nuestro pasado. Tenemos sobrados ejemplos para inspirar nuestros pasos con certidumbre; sólo nos falta la voluntad y, a nuestra Armada, depositaria de este legado al que me refiero, le corresponde, antes que a nadie, tomar la égida en esta empresa.

Para finalizar citaré unas palabras de Alejandro Malaspina escritas en plena expedición circunnavegadora, donde nos dice que el marino debe «ser capaz de perder su amor propio, e incluso la vida, por el bien de sus semejantes».

Válganos como divisa y arrancada.

Capitán de Navío Eduardo Bernal, IHCN, R5 Todo Noticias.

Resumen:

Parte de la sociedad española vive de espaldas a *la mar*. No al mar, sino a la mar, que es distinto. Por dos causas: económicas e históricas. La primera por la sensación de que *la mar* ha dejado de ser un elemento prioritario en nuestra economía. La segunda porque en el siglo XIX, entre Trafalgar, Cavite y Cuba, se perdió la Armada dos veces en un mismo siglo, quedando la conciencia española de *la mar* herida de muerte.